

Cuadernos de Política y Democracia

Proyecto de Investigación Aplicada en Democracia (PIAD)

Cuaderno N° 12

**¿CÓMO FORTALECER LOS PARTIDOS PARA
UNA MEJOR DEMOCRACIA?**

Wilhelm Hofmeister

Índice de Funcionamiento de la Democracia en Chile (IFUDE)



Libro “Desafíos y propuestas para una mejor democracia”



Publicaciones en Democracia

<https://umcervantes.cl/publicaciones-en-democracia/>



¿Cómo fortalecer los partidos para una mejor democracia?

Wilhelm Hofmeister¹

1.- Introducción

La democracia contemporánea enfrenta dificultades que se manifiestan en distintas regiones y sistemas políticos. Aunque cada país presenta condiciones particulares, es posible reconocer ciertas tendencias comunes. Entre ellas se encuentran la pérdida de confianza en las instituciones, el debilitamiento de las organizaciones intermedias, el aumento de la fragmentación política y la expansión de movimientos populistas. También han adquirido importancia las transformaciones tecnológicas, las nuevas formas de comunicación y los cambios en el entorno internacional.

Los partidos políticos ocupan una posición central dentro de este diagnóstico. Su debilitamiento afecta el funcionamiento de la representación, la formación de gobiernos, el desempeño de los parlamentos y la calidad del debate público. Cuando los partidos pierden arraigo social, coherencia programática y capacidad organizativa, la democracia dispone de menos instrumentos para procesar los conflictos, agregar intereses y adoptar decisiones legítimas.

El análisis de la situación de los partidos debe comenzar, por tanto, con una mirada más amplia sobre los problemas que afectan a la democracia. La crisis partidaria forma parte de una transformación social e institucional de mayor alcance. Comprender esa relación permite identificar las reformas necesarias para construir partidos más sólidos y, mediante ellos, democracias más representativas y eficaces.

¹. Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Johannes Gutenberg de Maguncia. Docente del Instituto de Partidos Políticos de la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf, Alemania. Profesor visitante de la Universidad Miguel de Cervantes. Co-autor y editor de uno de los libros sobre partidos políticos más importante de los últimos años, a saber, *Political Parties and the Crisis of Democracy. Organization, Resilience, and Reform*. Thomas Poguntke & Wilhelm Hofmeister. Oxford University, 2024. Texto presentado por el autor en Conferencia sobre Democracia de la UMC el 27 de septiembre de 2024.

2.- Las transformaciones que afectan a la democracia

La situación de la democracia está condicionada por cuatro procesos generales. El primero corresponde a los cambios estructurales e institucionales de las sociedades modernas. El segundo se relaciona con el incumplimiento de algunas de las expectativas depositadas en la democracia. El tercero se refiere a las malas conductas y los abusos de poder cometidos por dirigentes e instituciones. El cuarto deriva de las modificaciones del entorno internacional y del fortalecimiento de regímenes que ofrecen modelos alternativos a la democracia liberal.

Estos procesos se refuerzan mutuamente. La fragmentación social dificulta la representación política; el incumplimiento de expectativas aumenta la frustración; los abusos reducen la confianza, y la existencia de modelos autoritarios con capacidad económica o geopolítica debilita el atractivo internacional de la democracia. El resultado es un escenario en el cual las instituciones democráticas deben responder a demandas crecientes mientras disminuyen los recursos políticos y sociales que tradicionalmente sostenían su legitimidad.

Cambio social, individualización y fragmentación

Los procesos de modernización han transformado profundamente la estructura de las sociedades. La expansión de la educación, la urbanización, el aumento de la movilidad y la diversificación de las formas de vida han ampliado la autonomía personal. Los ciudadanos poseen mayores posibilidades de construir sus propias identidades y de elegir sus pertenencias sociales, culturales y políticas.

Esta mayor autonomía representa un avance importante. Sin embargo, también puede ir acompañada de un debilitamiento de los vínculos colectivos. Las identidades heredadas pierden estabilidad, las trayectorias personales se vuelven más variables y disminuye la influencia de organizaciones que antes proporcionaban espacios permanentes de integración.

Los sindicatos, las asociaciones territoriales, las iglesias y los propios partidos políticos solían contribuir a la formación de identidades relativamente estables. También ofrecían lugares de encuentro entre personas que compartían experiencias, intereses o visiones del mundo. El debilitamiento de estas organizaciones reduce la densidad de las relaciones sociales y afecta la capacidad de la sociedad civil para desempeñar una función articuladora.

La fragmentación se expresa en una multiplicación de demandas específicas. Los ciudadanos continúan teniendo intereses económicos y sociales, pero también buscan reconocimiento en materias culturales, territoriales, ambientales, identitarias o generacionales. Esta diversidad plantea exigencias más complejas a los partidos, que deben representar sociedades mucho más heterogéneas que las existentes durante la consolidación de los sistemas partidarios tradicionales.

La individualización también modifica las formas de compromiso político. Muchas personas prefieren participar en campañas acotadas, movimientos circunstanciales o iniciativas concentradas en una causa particular. Esta participación puede ser intensa, aunque suele carecer de la continuidad organizativa propia de la militancia partidaria. Los ciudadanos se movilizan en torno a un problema y, una vez concluida esa coyuntura, pueden abandonar la actividad colectiva o trasladarse hacia otra causa.

Como consecuencia, disminuye la disponibilidad para asumir compromisos políticos duraderos. La afiliación a un partido supone aceptar reglas comunes, colaborar con personas que mantienen opiniones diferentes y reconocer que ninguna organización puede satisfacer por completo las preferencias individuales de todos sus integrantes. Cuando se debilita esa disposición, resulta más difícil construir organizaciones permanentes y formar mayorías relativamente estables.

El debilitamiento del sentido común compartido

Las sociedades democráticas requieren ciertas referencias comunes que permitan interpretar los acontecimientos y procesar las diferencias. Este sentido común democrático comprende un reconocimiento básico de la legitimidad de las instituciones, la aceptación de la pluralidad y la disposición a resolver los conflictos mediante procedimientos pacíficos.

La pérdida de estas referencias compartidas dificulta la deliberación pública. Los desacuerdos dejan de producirse dentro de un marco común y pueden convertirse en disputas sobre la validez misma de las instituciones. Los adversarios son percibidos como amenazas y las diferencias políticas adquieren un carácter moral absoluto. Este proceso favorece el atrincheramiento de las posiciones. Los ciudadanos y dirigentes tienden a relacionarse con personas que comparten sus opiniones, consumen información procedente de fuentes afines y reducen el contacto con perspectivas distintas. El resultado es una menor comprensión de los argumentos de los demás y una creciente dificultad para alcanzar acuerdos.

Entre las divisiones contemporáneas destaca la que enfrenta a los sectores identificados con la globalización y aquellos que privilegian perspectivas nacionales, territoriales o étnicas. Para algunos grupos, la apertura económica y cultural amplía oportunidades y facilita el progreso. Otros sectores perciben que la globalización amenaza su seguridad laboral, sus identidades o su capacidad de influir en las decisiones que afectan sus vidas.

Esta división no corresponde enteramente a las tradicionales diferencias entre izquierda y derecha. Puede atravesar a las distintas familias políticas y generar nuevas combinaciones electorales. Los partidos que no logran interpretar estas tensiones pierden apoyo frente a movimientos que ofrecen respuestas más simples y apelan directamente a los temores o resentimientos de determinados grupos.

Polarización y atrincheramiento político

La polarización es otra consecuencia de la fragmentación social y de la pérdida de referencias compartidas. Su presencia no se limita a la distancia ideológica entre partidos. También comprende la intensidad emocional con que se experimentan las diferencias y la evaluación negativa de quienes apoyan opciones distintas.

Cuando la polarización adquiere un componente afectivo, los ciudadanos pueden rechazar a sus adversarios por su identidad política y no únicamente por sus propuestas. Esto deteriora la confianza interpersonal y reduce la posibilidad de cooperación. Los acuerdos comienzan a ser vistos como renunciaciones o traiciones, incluso cuando resultan necesarios para aprobar políticas públicas o garantizar la estabilidad institucional.

En los sistemas presidenciales, una polarización intensa puede dificultar especialmente la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo. Si el gobierno carece de mayoría parlamentaria y los partidos opositores consideran ilegítima cualquier forma de colaboración, se incrementa el riesgo de parálisis. El gobierno puede intentar sortear al Congreso, mientras la oposición puede utilizar todos los instrumentos disponibles para bloquear la acción gubernamental.

La competencia democrática requiere diferencias reconocibles. Un sistema en el cual todos los partidos sostuvieran posiciones idénticas ofrecería pocas alternativas a los ciudadanos. El problema surge cuando las diferencias impiden reconocer la legitimidad de los adversarios y destruyen los espacios en los cuales todavía es posible acordar reglas o políticas comunes.

Los partidos cumplen aquí una función moderadora. Una organización institucionalizada debe procesar las demandas de sus grupos internos, ordenar las prioridades y transformar posiciones particulares en propuestas compatibles con el funcionamiento general del sistema. Cuando los partidos son débiles, esa función se reduce y las expresiones más intensas pueden adquirir una influencia desproporcionada.

La anonimización de las decisiones políticas

Otra transformación relevante es la creciente distancia entre los ciudadanos y los espacios en los cuales se adoptan decisiones que afectan su vida cotidiana. Una parte importante de esas decisiones corresponde actualmente a organismos técnicos, tribunales, agencias reguladoras o instituciones supranacionales.

La especialización de las políticas públicas explica parte de este fenómeno. Las sociedades complejas requieren conocimientos técnicos y organismos capaces de tomar decisiones fundadas en evidencia. Sin embargo, esa especialización puede producir una sensación de pérdida de control cuando los ciudadanos no identifican con claridad quién decidió, con qué criterios lo hizo y ante quién debe responder.

La anonimización de las decisiones afecta la rendición de cuentas. En una democracia representativa, los electores deberían poder evaluar a las autoridades y premiarlas o castigarlas mediante el voto. Cuando las responsabilidades se distribuyen entre numerosas instituciones o niveles de gobierno, resulta difícil atribuir los resultados a actores concretos.

La judicialización de la política forma parte de esta transformación. Los tribunales cumplen una función indispensable en la protección de los derechos y en el control de la legalidad. Sin embargo, cuando controversias fundamentalmente políticas son trasladadas de manera sistemática a la esfera judicial, puede reducirse el espacio de deliberación de las instituciones representativas.

También se modifica el sistema de pesos y contrapesos. Nuevos organismos intervienen en el proceso decisorio, mientras los gobiernos y parlamentos deben compartir autoridad con instituciones que poseen diferentes fuentes de legitimidad. Este desarrollo exige establecer mecanismos que permitan combinar especialización, independencia y responsabilidad democrática.

Los medios de comunicación y las redes sociales

Los medios de comunicación han desempeñado históricamente un papel central en la democracia. Informan a la ciudadanía, fiscalizan a las autoridades y ofrecen espacios para la discusión pública. Su independencia constituye una condición para que los ciudadanos conozcan las decisiones gubernamentales y puedan evaluar a quienes ejercen el poder.

La concentración de la propiedad, las presiones políticas y la intromisión de los gobiernos pueden afectar esa función. Cuando las autoridades intentan controlar los medios o condicionar su cobertura, disminuye el pluralismo y se debilita la capacidad de fiscalización.

Las redes sociales han transformado este escenario. Cualquier ciudadano puede producir y difundir contenidos, organizar campañas o intervenir en la discusión pública sin depender de los medios tradicionales. Esta apertura ha democratizado ciertas formas de comunicación y ha permitido visibilizar asuntos previamente ignorados.

Al mismo tiempo, las plataformas digitales favorecen una circulación acelerada de contenidos cuya veracidad resulta difícil de comprobar. Sus modelos de funcionamiento suelen premiar los mensajes que generan reacciones inmediatas. La indignación, el temor y la confrontación reciben mayor atención que las explicaciones matizadas.

La comunicación política se vuelve más directa y personalizada. Los líderes pueden dirigirse a sus seguidores sin la mediación de periodistas u organizaciones partidarias. Esta relación ofrece ventajas comunicacionales, pero también fortalece el personalismo y permite que la identidad del partido sea desplazada por la figura de un dirigente.

Las redes facilitan, además, la creación de comunidades informativas cerradas. Los usuarios reciben contenidos similares a los que han consumido anteriormente y pueden quedar expuestos principalmente a opiniones coincidentes con las propias. Esta segmentación refuerza el atrincheramiento y dificulta la construcción de una esfera pública compartida.

Los partidos deben aprender a utilizar estas herramientas sin adaptar toda su conducta a sus incentivos más perjudiciales. La rapidez de la comunicación digital no reemplaza el trabajo territorial, la deliberación interna ni la elaboración programática. Una organización política necesita combinar presencia digital con estructuras estables y relaciones sociales duraderas.

Las promesas incumplidas de la democracia

Una segunda fuente de insatisfacción proviene de la distancia entre las expectativas ciudadanas y los resultados obtenidos por las democracias. Durante décadas se asoció la expansión democrática con la expectativa de progreso económico, disminución de la pobreza, mayor igualdad y ampliación de las oportunidades.

Se han producido avances importantes en muchas regiones. El crecimiento económico y la reducción de la pobreza en Asia-Pacífico constituyen ejemplos relevantes. Sin embargo, una parte significativa de la población considera que los beneficios del progreso se distribuyen de manera desigual o que las mejoras son insuficientes

frente al aumento de las expectativas.

La democracia permite elegir autoridades y participar en la vida pública, pero no garantiza por sí misma resultados económicos satisfactorios. Necesita instituciones eficaces, políticas bien diseñadas y administraciones capaces de implementarlas. Cuando estas condiciones no existen, los ciudadanos pueden atribuir al régimen democrático problemas que corresponden al funcionamiento del Estado o a la calidad de las decisiones gubernamentales.

La persistencia de la desigualdad acentúa esta frustración. En varias sociedades, la concentración de los ingresos y de la riqueza se aproxima a niveles observados a comienzos del siglo XX. Incluso cuando aumenta el ingreso promedio, amplios sectores pueden sentir que sus oportunidades permanecen estancadas o que el sistema favorece desproporcionadamente a grupos privilegiados.

La desigualdad también tiene una dimensión política. Quienes poseen mayores recursos disponen habitualmente de mejores posibilidades para influir en el debate público, financiar organizaciones o acceder a quienes toman las decisiones. Si los ciudadanos perciben que su influencia política depende de su posición económica, se debilita la confianza en la igualdad democrática.

A este problema se agrega la experiencia de países que han alcanzado niveles importantes de crecimiento bajo regímenes autoritarios. China y Vietnam muestran que puede existir progreso económico sin una democracia pluralista. Estos casos son utilizados para sostener que la eficacia económica requiere concentración del poder o que la democracia constituye un obstáculo para la adopción de decisiones.

Esta conclusión desconoce los costos políticos y humanos del autoritarismo. Tampoco considera que la sostenibilidad del desarrollo depende de instituciones capaces de corregir errores, proteger derechos y permitir una circulación pacífica del poder. Con todo, la comparación ejerce influencia sobre ciudadanos que evalúan la democracia principalmente a partir de sus resultados inmediatos.

Por ello, la legitimidad democrática necesita combinar procedimientos adecuados con capacidad de respuesta. Las elecciones libres y las libertades públicas siguen siendo esenciales, aunque resultan insuficientes cuando los gobiernos son incapaces de enfrentar problemas concretos. Una democracia de calidad debe respetar las reglas y ofrecer resultados compatibles con las expectativas razonables de la población.

Malas conductas y abusos de poder

La corrupción constituye una de las principales causas de pérdida de confianza. Cuando los recursos públicos son utilizados para beneficio privado, se vulnera el principio de igualdad y se deteriora la capacidad del Estado. Los ciudadanos perciben que las reglas no se aplican de la misma manera a todos y que las instituciones sirven a intereses particulares.

El clientelismo estatal produce efectos semejantes. La asignación de empleos, subsidios o beneficios a cambio de apoyo político transforma derechos ciudadanos en favores. También dificulta la profesionalización de la administración y genera redes de dependencia que pueden prolongarse durante largos periodos.

Los abusos de poder comprenden conductas que exceden la corrupción económica. Incluyen el uso arbitrario de las instituciones, la presión sobre organismos de control, la instrumentalización de los medios públicos y la utilización partidista de las capacidades estatales. Estas prácticas debilitan las garantías democráticas y reducen la posibilidad de una competencia equitativa.

La conducta de los dirigentes influye sobre la valoración del sistema completo. Aunque los abusos sean cometidos por personas determinadas, sus efectos suelen proyectarse sobre todos los partidos y autoridades. La reiteración de escándalos fortalece la impresión de que la política constituye una actividad orientada al beneficio personal.

La respuesta requiere mecanismos efectivos de transparencia, prevención y sanción. También exige culturas partidarias que establezcan estándares éticos claros. Las normas legales son indispensables, pero su eficacia depende de organizaciones dispuestas a aplicarlas incluso cuando afectan a sus propios integrantes.

El cambiante entorno internacional

La democracia también se encuentra afectada por las transformaciones del sistema internacional. China ha ampliado su influencia económica, comercial y política en distintas regiones. Rusia ha utilizado instrumentos diplomáticos, comunicacionales y estratégicos para intervenir en debates internos de otros países.

Esta influencia puede reducir los incentivos externos para la democratización. Algunos gobiernos encuentran apoyo económico o político sin necesidad de cumplir condiciones relacionadas con el respeto de los derechos o la calidad institucional. La existencia de fuentes alternativas de financiamiento y cooperación modifica el contexto en el cual actúan las democracias occidentales.

Los golpes militares ocurridos en Mali y Níger muestran la persistencia de interrupciones autoritarias. Tailandia también ha experimentado reiteradas intervenciones militares y restricciones al funcionamiento democrático. Estos casos evidencian que la consolidación de la democracia sigue siendo reversible.

El entorno internacional ha favorecido, asimismo, la aparición de actores contrarios a la globalización. Algunos cuestionan sus efectos económicos y otros rechazan sus consecuencias culturales. Estas críticas pueden responder a problemas reales, aunque también son utilizadas por movimientos que promueven el nacionalismo excluyente o desacreditan las instituciones multilaterales.

En Europa han crecido partidos y movimientos populistas que combinan críticas a las élites, rechazo a la inmigración y desconfianza hacia la integración supranacional. También existen expresiones populistas de izquierda que denuncian el poder económico y presentan las instituciones representativas como instrumentos de grupos privilegiados.

Las formas concretas del populismo varían. Su rasgo compartido es la construcción de una oposición entre un pueblo presentado como homogéneo y una élite considerada corrupta o ilegítima. Esta visión reduce la complejidad de las sociedades y dificulta el reconocimiento del pluralismo.

La crisis de confianza en los partidos políticos

Las dificultades generales de la democracia se expresan de manera especialmente intensa en los partidos. De acuerdo con los antecedentes expuestos en la conferencia, la confianza ciudadana en estas organizaciones alcanza aproximadamente un 38 por ciento en Europa, un 21 por ciento en América Latina y un 18 por ciento en Chile.

Las cifras muestran un problema de legitimidad. Los partidos continúan siendo indispensables para organizar la competencia electoral, seleccionar candidatos, estructurar el debate parlamentario y formar gobiernos. Sin embargo, amplios sectores de la ciudadanía mantienen una evaluación negativa de su desempeño.

La percepción sobre su necesidad también se ha debilitado. En América Latina, un 37 por ciento de las personas estaría de acuerdo con la afirmación de que la democracia no puede existir sin partidos políticos. En cambio, un 48 por ciento considera que podría funcionar sin ellos. En Chile, esta última posición alcanzaría un 43 por ciento. Estas opiniones reflejan una comprensión insuficiente de las funciones que cumplen los partidos y, al mismo tiempo, una crítica fundada en su desempeño. Los ciudadanos observan organizaciones distantes, preocupadas por sus conflictos internos y poco eficaces para resolver problemas. La defensa abstracta de los partidos resulta insuficiente mientras estas percepciones no sean enfrentadas mediante cambios concretos.

Una democracia pluralista requiere organizaciones que presenten alternativas, recluten dirigentes y permitan atribuir responsabilidades. Sin partidos, la competencia puede quedar dominada por liderazgos personales, grupos económicos, estructuras burocráticas o movimientos carentes de continuidad. La desaparición de las organizaciones partidarias no elimina la lucha por el poder. La vuelve menos transparente y reduce las posibilidades de control ciudadano.

Fragmentación y proliferación partidaria

La fragmentación política es uno de los principales problemas de los sistemas de partidos contemporáneos. Su aumento responde a cambios en los valores, a la aparición de nuevas demandas y a la insatisfacción con las organizaciones tradicionales. También puede estar influido por las reglas electorales y por las facilidades existentes para crear nuevas colectividades.

La pluralidad partidaria permite representar intereses diversos. Sin embargo, una fragmentación excesiva dificulta la agregación de preferencias y la formación de mayorías. Cuando cada demanda específica da origen a una organización distinta, disminuye la capacidad del sistema para ofrecer opciones amplias de gobierno.

Los partidos tradicionales han perdido parte de su capacidad para integrar grupos sociales diferentes. Sus identidades históricas se debilitan y sus electorados se vuelven más variables. Los ciudadanos se muestran menos dispuestos a mantener una lealtad permanente y evalúan sus alternativas en cada elección.

La proliferación de partidos coincide con una caída de la militancia. En Alemania, el Partido Socialdemócrata y la Unión Demócrata Cristiana han reducido aproximadamente a la mitad el número de sus afiliados. Este fenómeno disminuye los recursos humanos disponibles, limita la presencia territorial y debilita la relación cotidiana con la ciudadanía.

La pérdida de militantes también afecta la democracia interna. Cuando participan pocas personas, grupos organizados pueden adquirir una influencia desproporcionada en la selección de dirigentes o candidatos. El partido puede mantener su existencia formal, pero depender de una estructura reducida de profesionales y representantes electos.

Las organizaciones débiles suelen concentrar su actividad en los periodos electorales. Carecen de formación política permanente, equipos técnicos estables y mecanismos eficaces de participación. En esas condiciones, la elaboración programática se subordina a las necesidades inmediatas de campaña.

Los efectos políticos de la fragmentación

Una mayor fragmentación obliga con frecuencia a formar gobiernos de coalición. Las coaliciones son parte normal de las democracias multipartidistas y pueden contribuir a representar distintos sectores. Su estabilidad depende de la existencia de partidos disciplinados, acuerdos programáticos claros y mecanismos confiables para resolver diferencias.

Cuando las organizaciones son débiles o carecen de cohesión, los acuerdos resultan frágiles. Cada partido puede privilegiar su visibilidad individual, incluso a costa de la acción conjunta. Los socios menores disponen de incentivos para diferenciarse del gobierno y evitar pagar los costos de las decisiones impopulares.

La dificultad para construir mayorías puede producir parálisis. Los proyectos se retrasan, las políticas cambian constantemente y los gobiernos pierden capacidad de responder a las demandas ciudadanas. Esa ineficacia alimenta una nueva frustración, que a su vez favorece el apoyo a alternativas críticas del sistema.

La fragmentación también contribuye a la volatilidad electoral. Cuando las identificaciones partidarias son débiles y existen numerosas opciones disponibles, los electores pueden cambiar con facilidad sus preferencias. Los partidos que obtienen un apoyo importante en una elección pueden desaparecer o perder gran parte de sus votos en la siguiente.

La volatilidad dificulta la planificación de largo plazo. Los dirigentes concentran sus esfuerzos en conservar apoyos inmediatos y reducen su disposición a impulsar reformas cuyos beneficios se manifestarán en el futuro. La incertidumbre también afecta la estabilidad de las coaliciones y la continuidad de las políticas públicas.

El aumento de la polarización constituye otro efecto posible. La competencia entre numerosos partidos puede incentivar la adopción de posiciones más intensas para diferenciarse. Las organizaciones moderadas enfrentan dificultades para mantener su visibilidad y los discursos extremos obtienen mayor atención.

En este escenario, los populismos encuentran oportunidades de crecimiento. Pueden presentarse como una alternativa frente a una política fragmentada, ineficaz y dominada por negociaciones poco comprensibles para la ciudadanía. Su promesa consiste habitualmente en restablecer una voluntad popular unificada mediante un liderazgo fuerte.

La gobernabilidad disminuye cuando el sistema carece de organizaciones capaces de ordenar la competencia y sostener compromisos. También puede aumentar el riesgo de corrupción, especialmente cuando la formación

de mayorías depende de negociaciones particulares, poco transparentes o desvinculadas de acuerdos programáticos.

Indicadores de la crisis partidaria

La volatilidad electoral constituye uno de los indicadores más visibles. Un nivel elevado muestra que una proporción considerable del electorado cambia su preferencia entre una elección y otra. Esta movilidad puede expresar una saludable capacidad de evaluación, pero también puede revelar la ausencia de vínculos estables entre los partidos y la ciudadanía.

La fragmentación ofrece un segundo indicador. Su importancia no depende únicamente del número de partidos inscritos. También debe considerarse cuántas organizaciones obtienen representación, cuál es su peso relativo y qué capacidad poseen para formar coaliciones.

La disminución de la participación electoral puede expresar indiferencia, desconfianza o falta de alternativas consideradas significativas. Sus causas varían según el sistema de inscripción y voto, pero una caída persistente constituye una señal de distanciamiento respecto de la política institucional.

A ello se agrega una antipatía extendida hacia los partidos. Esta actitud aparece en democracias con historias y niveles de desarrollo muy distintos. Los ciudadanos critican la distancia de las élites, la falta de transparencia y la prioridad otorgada a los intereses internos.

El personalismo es otro síntoma. Las campañas se organizan en torno a figuras individuales y las identidades partidarias pierden importancia. Los candidatos desarrollan marcas propias, mantienen equipos separados y pueden considerar al partido como un instrumento electoral transitorio.

La escasa institucionalización organizativa se manifiesta en reglas internas inestables, estructuras territoriales débiles y una elevada dependencia de ciertos dirigentes. También se expresa en la falta de procedimientos conocidos para seleccionar candidatos, resolver conflictos y renovar las autoridades.

El bajo nivel de cohesión legislativa muestra que las organizaciones tienen dificultades para coordinar a sus representantes. Cuando cada parlamentario actúa de manera autónoma, resulta complejo cumplir compromisos programáticos o sostener acuerdos de coalición.

La intromisión de los gobiernos en los medios de comunicación constituye un riesgo adicional. El debilitamiento de los partidos puede favorecer una relación directa entre el gobernante y la ciudadanía, acompañada de intentos por controlar o desacreditar las instancias de intermediación y fiscalización.

También persisten los vínculos clientelares. Algunos partidos compensan su falta de identidad programática mediante la distribución particularista de beneficios. Esta práctica dificulta la construcción de una ciudadanía autónoma y reproduce relaciones de dependencia.

Finalmente, la inestabilidad de la afiliación refleja la fragilidad del compromiso partidario. Los militantes ingresan y abandonan las organizaciones con rapidez, o trasladan su apoyo según las oportunidades electorales. Esta

conducta reduce la continuidad institucional y debilita la memoria colectiva de los partidos.

Debilitamiento de la identificación partidaria

De acuerdo con los datos presentados, un 63 por ciento de los latinoamericanos no vota siguiendo la orientación de un partido, mientras un 37 por ciento mantiene una identificación partidaria. La cercanía declarada con estas organizaciones disminuyó desde un 45 por ciento en 2010 hasta un 29 por ciento en 2022.

La caída de la identificación partidaria modifica la competencia electoral. Los electores deciden con mayor frecuencia de acuerdo con la coyuntura, la personalidad de los candidatos o los temas predominantes de cada campaña. La oferta política se vuelve más inestable y los resultados resultan difíciles de anticipar.

Este comportamiento aumenta la importancia de las campañas y de los recursos comunicacionales. Los partidos deben disputar en cada elección apoyos que anteriormente podían considerarse relativamente estables. La competencia se concentra en atraer a ciudadanos sin vínculos permanentes.

El debilitamiento de las lealtades también puede favorecer la rendición de cuentas, pues los electores están dispuestos a retirar su apoyo a las organizaciones que evalúan negativamente. Sin embargo, cuando la movilidad alcanza niveles elevados, dificulta la formación de identidades colectivas y reduce los incentivos para construir partidos duraderos.

En términos generales, los partidos han perdido capacidad para desempeñar sus funciones de articulación y agregación. Articular intereses significa recoger las demandas presentes en la sociedad y trasladarlas al sistema político. Agregarlas supone combinar esas demandas en programas más amplios, establecer prioridades y resolver las contradicciones existentes entre ellas.

Sin esa tarea, el sistema recibe una multiplicidad de exigencias particulares que difícilmente pueden satisfacerse al mismo tiempo. La política queda expuesta a la demagogia y a la promesa de soluciones incompatibles. También aumenta el riesgo de utilizar los recursos del Estado para responder selectivamente a determinados grupos.

Cómo construir partidos fuertes y exitosos

El fortalecimiento de los partidos requiere actuar sobre siete dimensiones. Estas se relacionan con el programa, la organización, las comunicaciones, el arraigo social, la política local, la capacidad de ejecución y la calidad de los liderazgos. Ninguna de ellas resulta suficiente por separado. Un partido programáticamente sólido puede fracasar si carece de organización, mientras una maquinaria electoral eficiente pierde legitimidad si no posee ideas reconocibles o dirigentes íntegros.

1. Un programa político reconocible

Todo partido debe contar con un programa. Este expresa una interpretación de la sociedad, establece prioridades y propone cursos de acción. También permite distinguir a una organización de sus competidores y entrega criterios para evaluar sus decisiones.

El programa reúne ideas y propuestas. Las ideas proporcionan orientación y permiten comprender los problemas dentro de un marco general. Las propuestas traducen esa orientación en medidas concretas. Una organización necesita ambas dimensiones para evitar una política reducida a principios abstractos o a iniciativas desconectadas entre sí.

El programa también proporciona identidad. Los militantes y electores deben poder reconocer qué representa el partido, cuáles son sus valores y qué sectores aspira a interpretar. Una identidad clara favorece la cohesión y facilita la comunicación.

La claridad programática no implica rigidez. Las sociedades cambian y los partidos deben actualizar sus respuestas. Esa adaptación debe realizarse mediante procedimientos deliberativos y conservar una relación comprensible con los principios de la organización.

El programa justifica la aspiración de poder. Acceder al gobierno no puede constituir un objetivo autosuficiente. Los partidos buscan gobernar para aplicar determinadas orientaciones y responder a problemas públicos. Cuando esa finalidad se vuelve confusa, la competencia puede aparecer como una lucha por cargos y recursos. La elaboración programática debe apoyarse en diagnósticos rigurosos. Requiere conocimientos técnicos y contacto con la experiencia cotidiana de la población. Los equipos de especialistas aportan información, mientras las estructuras territoriales permiten conocer cómo se manifiestan los problemas en contextos diversos.

Un programa debe considerar también las restricciones institucionales, financieras y políticas. Las promesas inviables pueden producir beneficios electorales inmediatos, pero terminan debilitando la confianza. La responsabilidad programática exige explicar prioridades, costos y plazos.

2. Una organización estable, eficiente y duradera

Los partidos necesitan una organización permanente. Su actividad no puede comenzar pocos meses antes de las elecciones y desaparecer después de ellas. La representación requiere continuidad, presencia territorial y trabajo sistemático.

Una organización estable debe contar con reglas conocidas. La distribución de funciones, la elección de autoridades y la toma de decisiones requieren procedimientos previsibles. La institucionalización reduce la dependencia de liderazgos personales y permite resolver las disputas sin poner en riesgo la existencia del partido. La estrategia debe ser concisa y comprensible. Una organización necesita definir sus objetivos, reconocer sus fortalezas y establecer prioridades. Las decisiones tácticas adquieren sentido cuando forman parte de una orientación previamente pensada.

La gestión profesional constituye otra condición. Los partidos administran recursos, organizan campañas y producen información. Estas tareas demandan competencias técnicas y sistemas adecuados de evaluación. La profesionalización no debe separar a los equipos técnicos de los militantes. Su función consiste en mejorar la capacidad de la organización y apoyar las decisiones adoptadas mediante procedimientos legítimos. La técnica proporciona instrumentos, mientras la conducción política define las orientaciones.

Las nuevas tecnologías ofrecen posibilidades importantes. La digitalización puede mejorar los registros, facilitar la coordinación territorial y ampliar la participación. Las plataformas digitales permiten realizar consultas, organizar actividades y mantener comunicación con los afiliados.

Los estudios de opinión ayudan a conocer las percepciones y prioridades ciudadanas. Deben utilizarse como herramientas de diagnóstico y no como sustitutos de las convicciones. Un partido que modifica permanentemente sus posiciones según las encuestas pierde coherencia y dificulta que la ciudadanía conozca sus propósitos.

La inteligencia artificial puede contribuir al análisis de información, la organización de campañas y la comunicación. Su uso requiere criterios éticos y mecanismos de supervisión. Los partidos deben evitar la manipulación, proteger los datos personales y garantizar que las decisiones relevantes continúen sometidas a responsabilidad humana.

Selección y formación de dirigentes

La selección de líderes y candidatos es una de las principales funciones partidarias. La calidad de las instituciones depende en una medida importante de las personas que acceden a responsabilidades públicas.

Los partidos deben establecer criterios de idoneidad, experiencia e integridad. La popularidad puede ser relevante para competir electoralmente, pero resulta insuficiente para garantizar un buen desempeño. Los candidatos necesitan preparación política y conocimientos relacionados con las funciones que aspiran a ejercer. La formación debe ser permanente. Puede incluir contenidos sobre instituciones, políticas públicas, comunicación y ética. También debe desarrollar capacidades para negociar, trabajar en equipo y comprender problemas complejos.

La preparación de nuevos dirigentes requiere tiempo. Los partidos deben identificar tempranamente a personas con vocación pública y ofrecerles oportunidades graduales de responsabilidad. La renovación se vuelve más sólida cuando surge de un proceso de formación y experiencia.

Captación de militantes y apertura social

La captación y el proselitismo siguen siendo necesarios. Los partidos deben invitar a participar, explicar sus ideas y ofrecer espacios reales de colaboración. La militancia no puede limitarse a respaldar decisiones adoptadas por las cúpulas.

Cerrar las brechas de género es una responsabilidad democrática y organizativa. Las mujeres deben contar con condiciones efectivas para participar, competir por cargos y ejercer funciones de dirección. Las reglas formales deben acompañarse de cambios culturales y de medidas que reduzcan los obstáculos existentes.

La integración de los jóvenes resulta igualmente importante. Muchos manifiestan interés por asuntos públicos, aunque desconfían de las estructuras partidarias. Los partidos deben ofrecer formas de participación que combinen la flexibilidad con posibilidades concretas de incidencia.

La renovación generacional no consiste únicamente en disminuir la edad promedio de los dirigentes. Requiere incorporar nuevas experiencias, lenguajes y formas de comprender los problemas públicos. También supone transmitir la experiencia acumulada por generaciones anteriores.

Democracia y resolución de conflictos internos

La participación interna fortalece la legitimidad de las decisiones. Los militantes necesitan espacios para debatir programas, evaluar a sus autoridades y definir candidaturas. Estos procesos deben contar con información suficiente y reglas que garanticen una competencia equitativa.

Los conflictos son inevitables dentro de organizaciones pluralistas. Un partido democrático reúne personas con opiniones diferentes y debe ofrecer mecanismos para procesarlas. La unidad obtenida mediante la exclusión o el silenciamiento suele ser frágil.

La capacidad de resolver conflictos depende de la existencia de consensos básicos. Los integrantes pueden discrepar sobre políticas específicas, pero deben compartir ciertos principios, respetar las reglas internas y aceptar las decisiones legítimamente adoptadas.

Los órganos disciplinarios deben actuar con independencia y criterios conocidos. Su función es proteger la integridad de la organización, evitando que se conviertan en instrumentos de las disputas entre facciones.

Financiamiento y transparencia

Un partido necesita financiamiento sólido para mantener estructuras, formar militantes y desarrollar campañas. La precariedad financiera puede favorecer la dependencia respecto de grandes donantes o grupos particulares. Los ingresos y egresos deben ser transparentes. La ciudadanía tiene derecho a conocer el origen de los recursos, su destino y los mecanismos utilizados para controlarlos. Una contabilidad rigurosa protege la reputación de la organización y facilita la fiscalización.

El financiamiento público puede contribuir a equilibrar la competencia y disminuir la dependencia de intereses privados. Debe estar sujeto a controles estrictos, criterios objetivos y obligaciones de rendición de cuentas.

Las cuotas de los afiliados también poseen importancia. Aunque su aporte económico sea limitado, refuerzan el sentido de pertenencia y la responsabilidad de los militantes respecto del funcionamiento de la organización.

3. Una política moderna de comunicaciones

Las comunicaciones ocupan un lugar central en la actividad política. Los partidos deben explicar sus ideas, responder a las preocupaciones ciudadanas y dar cuenta de sus decisiones. Una buena comunicación facilita la comprensión del programa y fortalece la confianza.

El marketing político y las campañas digitales permiten identificar públicos, adaptar formatos y ampliar el alcance de los mensajes. Estas herramientas deben estar subordinadas a una estrategia política. Cuando el marketing

reemplaza al contenido, la comunicación se vuelve superficial y aumenta la distancia entre las promesas y la acción posterior.

Las campañas nacionales deben coordinarse con las iniciativas locales. El mensaje general del partido necesita coherencia, aunque debe adaptarse a las características de cada territorio. Las organizaciones locales poseen información que puede mejorar la estrategia nacional.

Las unidades de campaña y los consultores aportan conocimientos especializados. Su trabajo resulta más útil cuando se integra con las estructuras permanentes del partido. Una campaña completamente externalizada puede obtener resultados electorales, pero deja pocas capacidades instaladas dentro de la organización.

La información de mercado y los estudios de opinión permiten conocer la evolución de las preferencias. También ayudan a identificar problemas emergentes y a evaluar la recepción de las propuestas. Deben ser interpretados con prudencia, pues reflejan percepciones que pueden cambiar rápidamente.

Los partidos necesitan mantener una relación profesional con los medios de comunicación. Esto comprende proporcionar información verificable, ofrecer vocerías preparadas y responder oportunamente a las controversias. El acceso a los medios debe distribuirse entre distintos dirigentes para evitar una personalización excesiva. La campaña permanente significa mantener presencia y comunicación durante todo el ciclo político. No consiste en una sucesión ininterrumpida de anuncios electorales. Implica informar sobre el trabajo realizado, escuchar a la ciudadanía y explicar las decisiones adoptadas.

La comunicación debe ser coherente con la conducta. Ninguna estrategia puede compensar indefinidamente la falta de resultados o las contradicciones entre el discurso y la práctica. La credibilidad se construye mediante una relación prolongada entre lo que el partido propone, decide y realiza.

4. Anclaje en la sociedad

Los partidos deben reconocer el papel de la sociedad civil. Las organizaciones sociales expresan necesidades, forman dirigentes y generan conocimientos sobre problemas específicos. Su autonomía frente al Estado y a los partidos es una condición para el pluralismo.

La relación entre partidos y organizaciones sociales debe fundarse en el respeto. Un partido puede mantener vínculos con sindicatos, asociaciones empresariales, universidades, organizaciones territoriales y movimientos ciudadanos. Esa relación no debe convertirse en subordinación ni control.

El anclaje social permite captar tempranamente nuevas demandas. Las estructuras partidarias pueden conocer preocupaciones que todavía no aparecen en los debates nacionales y traducirlas en propuestas. Esta capacidad fortalece la función representativa.

Escuchar supone algo más que reunir opiniones. Requiere comprender las experiencias que explican esas opiniones y evaluar su relación con otras demandas. Un partido debe ordenar prioridades y explicar por qué determinadas propuestas pueden ser incorporadas o postergadas.

El vínculo social también permite comunicar las restricciones de la acción pública. Las organizaciones intermedias pueden contribuir a que los ciudadanos comprendan los costos, plazos y dificultades asociados a las políticas.

Un partido arraigado mantiene presencia entre elecciones. Participa en debates, organiza actividades formativas y acompaña los problemas de las comunidades. Esa continuidad permite construir confianza y evita que la relación con los ciudadanos se reduzca a la petición periódica del voto.

5. La relevancia de la política local

La política local ofrece el contacto más directo con los ciudadanos. En los municipios y territorios se manifiestan de manera concreta los problemas relacionados con servicios, infraestructura, seguridad y calidad de vida.

Los dirigentes locales pueden conocer directamente los efectos de las políticas públicas. Esta proximidad facilita la identificación de dificultades y permite adaptar las respuestas a las características de cada comunidad.

El ámbito local es también un espacio para formar liderazgos. Quienes ejercen responsabilidades municipales adquieren experiencia en gestión, negociación y relación con la ciudadanía. Los partidos pueden observar su desempeño antes de promoverlos a cargos de mayor responsabilidad.

La política local permite experimentar propuestas. Algunas iniciativas pueden aplicarse inicialmente en territorios determinados, evaluarse y posteriormente proyectarse hacia otros niveles. Esta capacidad de innovación fortalece el aprendizaje institucional.

Las estructuras territoriales generan información y redes de colaboración. También pueden aportar recursos mediante las cuotas de afiliados, actividades organizativas y trabajo voluntario. Su importancia no debe medirse únicamente por el número de votos obtenidos.

El nivel local permite identificar y anunciar problemas antes de que adquieran una dimensión nacional. Una organización con presencia territorial posee mejores condiciones para anticipar conflictos y formular respuestas oportunas.

La descentralización interna del partido debe combinar autonomía y coordinación. Las organizaciones locales necesitan capacidad para responder a sus territorios, mientras las autoridades nacionales deben mantener coherencia programática y estándares comunes.

6. Capacidad de ejecución y comunicación de resultados

Los partidos deben demostrar que pueden transformar sus programas en resultados. Esta dimensión, identificada mediante el concepto de delivery, comprende la capacidad de ejecutar políticas y difundir de manera responsable las realizaciones obtenidas.

En el ámbito legislativo, los partidos deben informar sobre sus proyectos, acuerdos y votaciones. La ciudadanía necesita conocer qué iniciativas promovieron, cuáles respaldaron y cuáles rechazaron. Esta información facilita la rendición de cuentas.

Cuando forman parte del gobierno, deben explicar los avances y reconocer las dificultades. También deben distinguir entre los compromisos efectivamente cumplidos, los que se encuentran en desarrollo y aquellos que no pudieron realizarse.

La comunicación de resultados debe apoyarse en antecedentes verificables. La exageración puede producir beneficios inmediatos, pero debilita la credibilidad cuando las personas contrastan los anuncios con su experiencia cotidiana.

La capacidad de ejecución depende del conocimiento de la administración pública. Gobernar requiere equipos preparados, coordinación institucional y seguimiento de las políticas. Los partidos deben formar personas capaces de asumir estas tareas.

Construcción de coaliciones

En sistemas multipartidistas, la formación de coaliciones constituye una capacidad fundamental. Las coaliciones estables se apoyan en acuerdos programáticos, reglas de coordinación y procedimientos para resolver diferencias.

Un acuerdo de coalición debe establecer prioridades y distribuir responsabilidades. También necesita mecanismos para enfrentar circunstancias imprevistas. La confianza entre los socios se construye mediante el cumplimiento de los compromisos.

La eficacia de una coalición depende de la disciplina de sus partidos. Si los dirigentes carecen de autoridad sobre sus representantes o si las decisiones internas son imprevisibles, resulta difícil sostener una acción gubernamental coherente.

Los partidos deben aprender a diferenciar entre sus identidades particulares y el programa compartido. Cada organización conserva su perfil, pero acepta límites derivados de la participación en un proyecto común. El papel democrático de la oposición

Los partidos desempeñan una función esencial cuando se encuentran fuera del gobierno. La oposición contribuye al control del poder y permite que la ciudadanía disponga de alternativas. En la perspectiva desarrollada por Robert Dahl, su existencia constituye una condición de la democracia y de la rendición de cuentas.

Una oposición eficaz fiscaliza la acción gubernamental, investiga posibles irregularidades y exige explicaciones. También participa en el debate legislativo y formula propuestas que permitan comparar diferentes cursos de acción.

Su función fortalece el pluralismo político. La expresión pública de alternativas evita que el gobierno monopoli-

ce la interpretación de los problemas y permite que distintos sectores se sientan representados.

La oposición también protege las libertades civiles y las normas democráticas. Puede denunciar abusos, defender la independencia de los organismos de control y contribuir a preservar las reglas comunes.

La competencia política facilita la alternancia. Cuando la oposición actúa dentro de las instituciones y posee posibilidades reales de acceder al gobierno, disminuyen los incentivos para recurrir a vías de fuerza.

Una oposición responsable contribuye a la legitimación del sistema. Reconoce la autoridad temporal del gobierno y conserva el derecho a cuestionar sus decisiones. Su crítica debe ser firme, pero compatible con la continuidad de las instituciones.

La eficacia opositora tampoco equivale a un bloqueo permanente. Los partidos deben distinguir entre las materias en las cuales corresponde presentar alternativas y aquellas que requieren acuerdos amplios. La disposición a colaborar en asuntos de interés nacional forma parte de una conducta democrática madura.

7. Liderazgos íntegros y competentes

La fortaleza de los partidos depende de la calidad de sus dirigentes. Las reglas y estructuras organizativas son indispensables, pero necesitan personas capaces de aplicarlas y representarlas.

Un liderazgo democrático debe destacar por su integridad, honestidad y capacidad. La integridad genera confianza y establece límites frente al ejercicio del poder. La capacidad permite comprender los problemas y adoptar decisiones eficaces.

Visión y estrategia

El dirigente necesita una visión clara acerca del futuro de la sociedad y de la función de su partido. Esa visión debe traducirse en una estrategia que establezca prioridades y oriente la acción.

El pensamiento estratégico permite anticipar desafíos y reconocer oportunidades. También ayuda a distinguir las dificultades circunstanciales de las transformaciones que exigen respuestas de largo plazo.

Los planes deben ser suficientemente estables para orientar la conducta y suficientemente flexibles para adaptarse a cambios inesperados. Una estrategia excesivamente rígida puede quedar superada por los acontecimientos, mientras la improvisación permanente impide sostener objetivos.

Integridad y ética

La honestidad constituye una condición del liderazgo democrático. Los dirigentes administran recursos públicos y participan en decisiones que afectan a toda la sociedad. Su conducta debe estar sometida a estándares superiores de transparencia y responsabilidad.

La ética incluye la disposición a asumir las consecuencias de las propias decisiones. Los líderes deben rendir

cuentas, reconocer errores y corregirlos. La negación sistemática de responsabilidades erosiona la confianza.

El ejemplo personal posee un efecto formativo dentro del partido. Las conductas toleradas por la dirigencia tienden a reproducirse en otros niveles. Una cultura de integridad comienza en quienes ejercen las mayores responsabilidades.

Comunicación y capacidad de escuchar

La comunicación efectiva requiere claridad y capacidad para adaptar el lenguaje a públicos diferentes. La habilidad oratoria permite explicar propuestas y movilizar apoyos, pero debe estar acompañada por un conocimiento suficiente de los asuntos abordados.

Saber escuchar es igualmente importante. El dirigente debe comprender las preocupaciones ciudadanas y considerar los argumentos de quienes discrepan. La escucha mejora las decisiones y facilita la construcción de acuerdos.

La empatía permite reconocer las experiencias de otras personas sin necesidad de compartir todas sus opiniones. Esta capacidad contribuye a evitar una política encerrada en círculos reducidos.

Las habilidades interpersonales son esenciales para dirigir equipos y resolver conflictos. El liderazgo democrático requiere cooperación y no puede depender únicamente de órdenes jerárquicas.

Capacidad de decisión

Los dirigentes deben adoptar decisiones oportunas e informadas. Postergar indefinidamente una determinación puede ser tan perjudicial como resolverla sin antecedentes suficientes.

La decisión responsable exige evaluar opciones, considerar sus consecuencias y consultar a quienes poseen conocimientos relevantes. Una vez adoptada, debe comunicarse con claridad y someterse a evaluación.

La autoridad se fortalece cuando las decisiones siguen procedimientos conocidos. También requiere consistencia, pues los cambios constantes y carentes de explicación generan incertidumbre dentro de la organización.

Adaptabilidad y resiliencia

La política se desarrolla en contextos cambiantes. Los líderes necesitan flexibilidad para responder a crisis, transformaciones tecnológicas y modificaciones del comportamiento electoral.

La adaptabilidad no equivale a abandonar los principios. Consiste en encontrar nuevas formas de aplicarlos frente a circunstancias distintas. Un dirigente debe reconocer cuándo una estrategia ha dejado de producir resultados y requiere correcciones.

La resiliencia permite enfrentar derrotas, críticas y conflictos sin abandonar la responsabilidad pública. Los parti-

dos necesitan aprender de sus fracasos y conservar capacidades para reorganizarse.

Conocimiento y competencia

La conducción política requiere conocimientos. Los dirigentes deben comprender las instituciones, la economía, la sociedad y el entorno internacional. También necesitan rodearse de equipos capaces de aportar experiencia especializada.

La competencia profesional mejora la calidad de las decisiones y reduce la dependencia de la improvisación. Un liderazgo serio reconoce los límites de su propio conocimiento y consulta a quienes poseen capacidades complementarias.

La formación debe continuar durante toda la trayectoria política. Los cambios sociales y tecnológicos obligan a actualizar conocimientos y revisar diagnósticos.

Inspiración y motivación

Los líderes cumplen una función de inspiración. Deben transmitir un propósito compartido y mostrar que la participación política puede producir resultados valiosos.

La mística partidaria surge de convicciones, experiencias y objetivos comunes. No puede construirse exclusivamente mediante técnicas comunicacionales. Requiere coherencia y una historia colectiva que otorgue sentido a la acción.

El ejemplo personal es una fuente fundamental de motivación. La dedicación, el cumplimiento de las responsabilidades y el respeto hacia los demás influyen sobre la conducta de los equipos.

Innovación, compromiso y dedicación

Un liderazgo moderno debe comprender las transformaciones de la sociedad y estar dispuesto a innovar. Esto incluye nuevas formas de participación, mejores métodos de gestión y un uso responsable de las tecnologías.

La innovación debe responder a objetivos claros. Adoptar herramientas novedosas carece de valor si no mejora la representación, la organización o la calidad de las políticas.

El compromiso se expresa en la continuidad del trabajo. La dirección política requiere dedicación, preparación y presencia. Los partidos no pueden fortalecerse mediante liderazgos ocasionales o concentrados exclusivamente en las elecciones.

Consideraciones finales

La crisis de los partidos forma parte de una transformación más amplia de la democracia. La individualización, la fragmentación social y la pérdida de referencias compartidas han debilitado las formas tradicionales de pertenencia. Las redes sociales han modificado la conversación pública y han fortalecido la personalización de la política.

A estas transformaciones se suman las expectativas frustradas de progreso, igualdad y reducción de la pobreza. La corrupción, el clientelismo y los abusos de poder agravan el distanciamiento ciudadano. El entorno internacional aporta nuevos desafíos mediante la expansión de regímenes autoritarios y el crecimiento de movimientos populistas.

Los partidos reflejan estas dificultades y también pueden contribuir a superarlas. Continúan siendo las principales organizaciones encargadas de convertir la pluralidad social en alternativas de gobierno. Seleccionan candidatos, elaboran programas y estructuran la representación parlamentaria. También permiten atribuir responsabilidades y organizar una oposición democrática.

Su fortalecimiento requiere programas reconocibles, organizaciones estables y comunicaciones profesionales. Necesitan recuperar su arraigo social, valorar la política local y demostrar capacidad de ejecución. Todo ello depende de liderazgos íntegros, preparados y comprometidos con las normas democráticas.

La recuperación de la confianza no será inmediata. Se construye mediante una conducta coherente y sostenida. Los ciudadanos deben percibir que los partidos comprenden sus problemas, actúan con transparencia y poseen capacidad para ofrecer soluciones viables.

Una mejor democracia requiere partidos capaces de representar la diversidad sin reproducir indefinidamente la fragmentación. Deben articular intereses, establecer prioridades y construir acuerdos. También necesitan aceptar la alternancia, respetar a sus adversarios y defender las reglas que hacen posible la competencia.

El objetivo no consiste únicamente en asegurar la supervivencia de las organizaciones existentes. La tarea es reconstruir su utilidad pública y su legitimidad. Los partidos serán fuertes cuando combinen identidad programática, apertura social y eficacia institucional. Su éxito deberá medirse por su contribución al funcionamiento de la democracia y por su capacidad para servir responsablemente a la ciudadanía.

PIAD

Proyecto de Investigación Aplicada en Democracia

Cuaderno N° 12 - Septiembre 2026.

Periodicidad: mensual

Equipo Editorial

Proyecto de Investigación Aplicada en Democracia
Dirección de Comunicaciones y Vinculación con el Medio
Universidad Miguel de Cervantes

Eduardo Saffirio Suárez
Alberto Aguirre Santiago
Paulina Román Manzo
Jorge Maldonado Roldán

Diseño y Diagramación
Dirección de Comunicaciones
Universidad Miguel de Cervantes
Alberto Aguirre Santiago

Distribución digital
Vicerrectoría de Comunicaciones y Vinculación con el Medio



UMC
Universidad
Miguel de Cervantes